

la literatura española, el último tercio del diecinueve. Acompáñela el más agudo de los *clarines* que han tocado el *trágala*, entre nosotros, á los escritores mal avenidos con las letras. ¿Qué se le daría de todo al *quidam* literario, reo de unas páginas insustanciales?

No se me caen de las manos los interesantes libros de crítica de la señora Pardo Bazán y los de *Clarín*, que con el castizo Valera y el incomparable Menéndez Pelayo tienen puesto de honor en mi conato de biblioteca de autores españoles contemporáneos. Pero, ¡pobres esfuerzos míos!

Estoy en ayunas de todas las

filosofías de lo bello que son el pan de cada día, pan bendito, como quien dice, de las celebridades literarias contemporáneas.

Del famoso Leopoldo Alas—mi maestro en la Universidad Literaria de Zaragoza—se sabe que no lee vidas de santos por estar, casi todas, muy mal escritas al decir del autor de «*Su único hijo*» y «*La Regenta*».

Pues abstengámonos, los católicos, de saborear las historietas y novelarias de los literatos dejados de la mano de Dios, así escriban por lo *divino* en opinión de los liberales, y si por grave necesidad ó conveniencia propia ó ajena nos las hemos de haber con la barbarie naturalista, proveamos del

permiso correspondiente que para muchos fervorosos cristianos es, ni más ni menos que para *Clarín*, una licencia *innecesaria*.

La complicada sinfonia sobre motivos de la excelsitud augusta del arte, con que nos preparan en los prólogos de sus libros los *maestros del realismo* contemporáneo, no me suenan, gracias á Dios, en las profundidades del alma.

El *arte puro* de nuestros dias tiene, más de lo que parece, de *puro arte* de birlibirloque, y el escamoteo de la emocion estética sana y educadora, sustituida con un juego de sensaciones llevado, á veces, á la brutalidad, es el gran resorte del génio en

esta noche del realismo tan abonada para las orgías artísticas.

La cantinela de que todo lo purifica el arte tal y como lo entienden los naturalistas, antójaseme una candidez, de que se burlaba un comisionista de vinos de Burdeos, natural de Macon y enamorado de su paisano Lamartine, por quien empinaba el codo, á diario, hasta emborracharse.

¿Qué ha de purificarlo todo el arte, ese *indecentillo*, como le llamaria una Leopoldina Pastor cualquiera y estaria bien que le llamásemos, á boca llena, cuando nos embroma el realismo con el arte... tan socorrido, de amontonar las inmundicias de todos

los estercoleros de la vida en las obras del naturalismo contemporáneo?

¡Qué ha de purificarlo todo el arte!

Pregúntenselo ustedes al baturro de Zaragoza que, al oír una relación de la vida y muerte de nuestro Melendez Valdés, gran poeta y afrancesado, muerto de un insulto de apoplejía, después de la guerra de la Independencia, exclamaba en un arranque de patriotismo: «júrolo, por la Pilarica, que bien muerto está ese *franchute* si murió, como dice Vd., *insultado*.....

Que los mandamientos de la ley de Dios y los de la Iglesia se las hayan con pecadores y el Có-

digo penal con criminales y el radiante sol de la belleza ilumine, sin sombras de pedagogías y utilitarismos, todos los confines del arte.

¿No es así, mi Señora Pardo Bazán, como entienden ustedes las armonías de la naturaleza sublimadas por el artista?

Pajarillo arañero que picoteo en algún rincón de los alcázares del arte, yo no puedo volar á las encantadas regiones en que las águilas del pensamiento beben ustedes, á raudales, la inspiración; pero el amor, señora mia, no es un privilegio del génio y el arte nace del amor y la humanidad es un trasunto de los amores del Eterno.

Todos amamos, D.<sup>a</sup> Emilia, todos; y al sentirnos estremecidos en presencia de la belleza, rastreamos algo de los inefables misterios en que se abisma el génio del arte.

Pero, solo la vida es bella, mi señora Pardo; la verdadera vida derivación del sér por esencia; no como la contempla el pontífice del naturalismo francés, empeñado en dar fé, *urbi et orbi*, de los documentos bestiales recogidos en todas las alcantari-llas, por quien desconoce visiblemente la naturaleza del *compuesto humano*

Viva la independendencia del arte porque la independendencia es la vida como la vida es el amor.

Viva el desnudo, si lo quereis, viva el traje de la inocencia; pero abajo las impurezas de la realidad en que se deleita la carne, abajo el pecado en el desnudo.

La libertad, señora mia, es la condición del amor y sin libertad no cabe arte; pero, ¿qué va de aquí al amor libre y al arte libertino, tan engalanados por el realismo contemporáneo? Lo que va del cielo á la tierra, digo mal, doña Emilia; lo que va del cielo al infierno siquiera sea con paradas en... el Olimpo...

Ojo, mis queridos lectores, ojo alerta; porque á pretexto de arte *puro* nos entenebrecen la inteligencia y nos corrompen el corazón esas *audacias* del naturalis-

mo, con que nos recreamos los católicos *paganizados*.....

Infeliz D. *Din*, entusiasmado con las cargas á la bayoneta del segundo batallón de Navarra, cuando lo mandaba *Radica*, en la pasada guerra civil.

Otras *cargas*, abrumadoras, pesan sobre un ejército cristiano en una guerra de Religión. Es preciso decirlo muy alto, aunque á uno le llamen *cargante* y sea D. *Din* á quien tenga yo que decírsele ahora.

Porque D. *Din*..... era hombre de seso y discurría bastante bien; papeles cantan.

Abonado á los principales teatros de Madrid, no perdonaba estreno en el Español, y á la sa-

lida del antiguo corral de la Pacheca, una madrugada de invierno, después de la primera representación de «*Cómo empieza y cómo acaba*», cuéntase que le dijo á un sobrino suyo con quien iba del brazo—¡cómo empezó la guerra carlista y cómo acabó!—¡Lástima de historia! —Suprimera parte, titulada «*Solo Dios basta*», pide la pluma de oro de Santa Teresa; pero algunas páginas de la segunda, pocas por suerte y llenas de notas, para salvar del *sambenito* á los buenos carlistas en armas, no estaría mal que la escribiera Emilio Zola con el título de aquella novelucha de Paul de Kock, *Las mujeres, el vino y el juego*.—

Caracoles, con esta opinión de Don-Din, quien pensaría, de seguro, al emitirla tan *atroz*, en los generales y jefes, oficiales y voluntarios, que al principio de la campaña hubieran pasado sin ración de carne ocho días, y luego las apetecieron hasta de *demonio* y de *mundo*..... (1)

Cabe, y esto sería natural dado el suyo tan impresionable, que Don-Din..... familiarizado

---

(1) Por lo que hace á Nabarra y á las Bascongadas, véanse las exhortaciones del Obispo de Urgel al ejército carlista del Norte. Del de Cataluña no digo nada, porque más vale *no meneallo*. El antiguo soldado del Papa y general carlista Saballs, luego de su entrada en San Quirce, no recuerdo cuándo, acompañó la voz de *rompan filas*, con estas palabras á sus voluntarios: «pagad todo lo que tomeis y divertios engendrando carlistas.»

Bien es verdad que hablo de excepciones.

con los dramas de D. José y hecho á la sangre, se acordara de la derramada por los carlistas, reflexionando al mismo tiempo, que, solo la del *justo es fecunda*.

O quizás en alguno de los asaltos que se relatan en las producciones, casi todas llenas de horrores, del poderoso y extraviado ingenio, acudirían, en tropel, á la buena memoria de Don Din, las hazañas de los batallones del Pretendiente, cuando se les tocaba paso de ataque y los malos *pasos* que les llevaron al de la frontera.

Nada más á propósito que la dramaturgia del discutido Echegaray, tan erizada de sorpresas, para ciertos reuerdos tristes

como el de aquel humillante desfile de los batallones carlistas del Norte hácia la frontera de Francia, la mayor sorpresa de toda la guerra, preparada, segun opinan más de cuatro, por el general Pérula, para eclipsar la memorableísima de *Lácar*, en que Mendiry (la mejor cabeza militar de las huestes del duque de Madrid y hombre de sangre fria, si los hubo, pero blanducho de corazon y candoroso como un niño) (1),

---

(1) Don Torcuato Mendiry y Corera, más juzgado que conocido, como atinadamente dice Pirala en su imparcial historia de la última guerra civil carlista, tropezó, en sus distintos mandos, con envidias, recelos y entorpecimientos de todo género puestos en su camino de triunfos por nulidades ambiciosas influyentes en el ánimo de D. Carlos y por altísimos personajes carlistas responsables, en mucha parte, de los descalabros del carlismo en armas.

sorprendió valerosamente al ejército de D. Alfonso, quizá cortado y prisionero aquella tarde, si un general carlista, de cuyo nombre no quiero acordarme, «se hubiera situado con sus nueve ó diez batallones en la ladera delante de Murillo dando vista á Lúcar y Lorca, en observacion de las fuerzas liberales de Esquinza y Oteiza sin desplegarlas, puesto queaquellas tampoco lo hicieron.»

El desfile de los batallones carlistas del Norte hácia la frontera de Francia, ¡qué sorpresa tan bien meditada con arreglo á todos los principios (y postres) del arte de la garra, digo, de la guerra!

Cáspita con la dramaturgia de D. José, (no Pérula, sino Eche-

garay), que tantos triunfos ha debido á la *claque* de guante blanco enseñoreada del *Teatro Español* para imponernos descaradamente un compadrazgo literario, con el *visto-bueno* de las lóginas, cómo le sugirió á Don-Din, por el título y textura de algunos dramones modernos del descubridor de la famosa trenza... de *burro* en un quemadero de la Inquisición, atinadas consideraciones acerca de la última guerra carlista.

¡Vaya con Don-Din...! y aun le quedó el rabo por desollar.

De *Lo que no puede decirse*, habria sacado gran partido para la crítica del carlista, cuyo proceder, al final de la última gue-

rra civil, hubiérale llevado á dudar de si mucho de aquello sería farsa, *O locura ó santidad*.

¡Pobrecillo Don-Din... si por su mal trae á colación á D. Cárlos á propósito *De mala raza!* (1) Pero eso nunca ¡Vive Dios! ante todo el *Santa Santorum...*

5. De mala raza la familia más ilustre del mundo, como llaman á la de Borbón los periódicos de la lealtad carlista de

---

(1) He leído, hace poco tiempo, en un periódico de Madrid, la noticia de que D. José tiene un drama nuevo (no confundir, señores, porque Tamayos no hay más que uno) titulado «*El Poder de la Impotencia*». Vaya un título para que Don-Din le sacase punta en esto de las relaciones de la dramaturgia de Echegaray con el negocio del carlismo en armas. Cerca de dieciocho años há, que un escritor católico empleó una frase como aquella, recordándonos *El poder impotente* de la comunión tradicionalista en pié de guerra.

real orden, y á boca llena lo decía, meses atrás, un semanario dertosense titulado, lo mismo que los baños del señor Porcar y Tió, «La Esperanza», de cuyas aguas he oido burlarse á muchos tortosinos, como se burlaron de las del Diluvio los ignorantes de la Enciclopedia! Por supuesto que, se burlaban de las de Porcar, antes de la declaracion de *utilidad* pública: despues han venido..... los *cambios*, y D. Manuel Porcar y Tió tendrá su lujoso Balneario aquí, mal que les pese á *fulanico y ó zutanico*, y aunque no aprovechen sus aguas más que para lavarse las *manos* los concejales del Ayuntamiento de Barcelona, de quienes tantas

habilidades cuentan en estos dias de festejos públicos al gran *marino genovés*, descubridor de nuevas tierras, como Porcar de nuevas aguas medicinales en sus posesiones de la orilla del Ebro en Tortosa.

Que las fiestas del *Centenario de Colon* (1) en la capital del

(1) La nota original del Centenario—señores eruditos conferenciantes del *Ateneo*—la he dado yo que, al corregir por aquellos dias de festejos al descubridor del Nuevo Mundo las primeras páginas del borrador de mi folletuco, (porque yo escribo,—como la mayoría de nuestros *improvisadores*,—con *borrador* y todo, y así me salen estas cosas, que luego sirven para *burradas*, digo, para *borradas*,) *me bebí el acento* de Colón. Aquella sí que fué *borracheira* ó *disparate grande*, *insania*, *estultitia*, como dice bien el Diccionario, al que por esta vez y rabie cuanto quiera Miguel de Escalada no se le ha ido la burra al trigo. ¡Como que no habia otro burro que yo y lo hubiera sido aún de más *alzada* si acentúo la primera vocal de Colon y por efecto de la *borracheira* se me salen, aquí, los intestinos!

Principado han sido un buñuelo, no cabe duda; pero ¿qué habia de suceder?

---

Para que le vean Vds. la *punta* (que la tiene tan afilada como yo soy *romo* en esto de critiquizar), á mi *nota* del Centenario, les advierto que ni sabia si Colón podia escribirse ó no sin acento.

Si á los escritores de pega, por más que *pegásemos* de rëcio, nos mandaran á Filipinas á poblar alguna colonia de *malos* académicos de la lengua, en ciernes, no volveria yo por aquí, hasta concluir mi discurso de recepcion en La Española sobre motivos y con la galanura del de Bala—guer ú otra de las *balas* perdidas que van á dar, de cuando en cuando, en la Fábrica nacional de conservas de nuestro idioma establecida en la famosa calle de Valverde.

Gracias á que, si hablo tan mal el castellano, poseo el francés como un traductor de folletines de la «Correspondencia», y... *patas*. Luego dirán que *la he metido*, en la primera página de mi folleto, al escribir Lebel por Lœbel como quien recorta un fusil. El mejor tirador yerra un tiro y hay *tiradores literarios* que nos tiran patas arriba, con sus barbaridades y ni el mismísimo Antonio de Balbuena les dice:

«Tiren ustedes  
de una carreta  
Que son muy brutos»  
etcétera etcétera.

D. Manuel Porcar y Tió, á quien se le importa un comino de todo, menos del *aceite* (como decia, salerosamente, al pié de un grabado alusivo, una revista de Barcelona), está frito y refrito con el *tolle tolle* de los periódicos de oposicion, de cuyos ataques no le defiende ningun cristiano. Lo del *aceite* y lo de frito, ¿no estaban pidiendo buñuelos?..... Pues vayan fiestas á Colon, que tambien los hizo *doraditos* para indigestiones de Vidart, pongo por ejemplo.

No me crea Porcar y Tió resentido con él ahora, porque un amigo de los dos, encargado de gestionarme modesto empleo en la ciudad condal,

saliera con las manos en la cabeza (1).

Por aquellos días de las gestiones de mi buen amigo, muy queridísimo de Porcar, fué nombrado éste, Presidente honorario de la Sociedad Barcelonesa protectora de *animales y plantas*, y

---

(1) De los tres tortosinos *ilustres* (á cualquier cosa llaman chocolate las patronas), alcaldes y conservadores, de que hago mencion—honorífica, por supuesto—en mi deslavazado folleto, los Sres. Bosch y Fustegueras y Porcar y Tió, alcaldes de Madrid y Barcelona respectivamente, han dimitido... ya. Sólo el alcalde de Tortosa, D. Julio Gonzalez, nada y guarda la ropa, y apelo al Ebro caudaloso que no me dejará mentir. ¡Váyanle ustedes con aquello de que, *el último mono es el que se ahoga!*

Tres eran, tres  
Y los tres de mi pueblo;  
Tres eran, tres  
Y ninguno era bueno.

Cantaría yo ahora, si fuese tortosino, aludiendo á los *tres* famosos alcaldes.

ni siquiera se acordó de mí. Si estas cosas no son de agradecer, venga Dios y las vea...

¿De cuáles otras hablaba yo antes de tropezar aquí con el simpático *aceitero* como diz que le llaman en Barcelona?

¡Ah! ya recuerdo. De la familia más ilustre del mundo, y del semanario «La Esperanza» en que leí, á su debido tiempo, una carta del duque de Madrid á su primo el Jefe de la casa de Orleans, acerca de no sé qué chinchorrerías *heráldicas* con marcado sabor á disputas exclusivamente caseras.

Líbreme Dios de hacerme lenguas de la familia de Borbón, aunque la tengo en mucho, co-

mo me las haria de la de David, *la más ilustre de todo el mundo.*

Al oír exageraciones mal avenidas con la historia, no vuelve uno de su *apoteósis*, como diria el guardia de Orden público de aquella *Pepa la frescachona*, de Ricardo Vega, no recuerdo si anterior ó no al sainete del mismo autor, *La familia del tío Maroma*, menos ilustre, por de contado, que la de Borbón.

Al cabo y al fin, caballeros, el interés de los católicos españoles no está, como el de un limpia botas, en lustre de más ó de menos, aunque sea el de una Casa Real.

Que D. Cárlos *tenga ó no el peso*, es indiferente. En mi hu-

milde opinión, vale mucho más que los carlistas; pero ahora no es cuestión de un hombre; ni de cien mil reyes ó de medio, que tanto monta, y por tener montados en las narices á D. Fulanito de tal ó á D. Perengano, reñimos tontamente los católicos españoles y seríamos muy capaces de comulgar el mismo día y á la misma hora, y salir de la iglesia luego, llamándonos unos á otros, á grito pelado (bien *pelado* de caridad), hipócritas, embaucadores y fariseos, con otras lindezas por el estilo, verdadero *estilo bizantino* con algo del *renacimiento pagano*, acomodado á las exigencias de la *Hipótesis*.

«Si el noble natural de don Carlos no se tuerce ¡Dios no lo permita! según expresión de un ilustre moderado, será el Rey más amado y más popular que haya tenido España»—decía don Antonio Aparisi y Guijarro en un folleto suyo, hace veintidos años, y en el de gracia de 1892, hay algunos ilusos que me preguntan sin hacérmela, por supuesto; «¿se ha torcido aquel nobilísimo natural?»

Cuando la soldadesca republicana profanaba nuestras iglesias y hacia bailar á los oficiales al compás de una música revolucionaria que, ni encargada para marcha triunfal de D. Cárlos desde Irun á la Córte de las Es-

pañas, en aquellos días tempestuosos en que, un escapulario bendito de la forma de un *corazón*, pegado al pecho de los héroes de la *Santa Causa*, era el emblema de su fe, tenía yo mis complacencias en la galería de retratos (1) del Sr. Duque de Madrid hechos *á la pluma*, con demasiado *amor*, quizá, por los periódicos y folletos, principales heraldos de las esperanzas carlistas.

Yo también las alimentaba en aquél entónces, como el gran

---

(1) «Las ideas, el príncipe, *sus retratistas*, las aspiraciones del pueblo, todo agitaba nuestra imaginación, encendía la sangre en nuestras venas y nos convertía en instigadores más ó ménos eficaces de la nueva cruzada». (Julio Nombela, en su *sabroso* libro titulado «Detrás de las Trincheras».

Aparisi, herido de muerte poco antes de la guerra carlista, nunca jamás aconsejada por el *vidente* del carlismo, las alimentó en el período revolucionario en que se fué de Madrid á París en busca del *hombre*, y le *halló*, pero no nos le trajo ni nos le trajeron después, Elio, Cabrera, Diaz de Rada y otros ciento, ni nos le traerán, creo yo, *Berriz* y *Sangarren* y *Amador Villar*, etcétera, etcétera.

Yo también esperaba entonces en el *hombre providencial*. Pero después, ¡Dios mio! después, cuando muchos *cruzados* del siglo XIX bailoteaban, como energúmenos, al abrigo de sus trincheras, y en aquella borras-

ca de sangre que se llevó de nuestras montañas y valles tantas flores recién abiertas, caían muchas gotas impuras, y el último rayo de sol que doraba mis ilusiones desapareció trás el Pirineo, con los restos de una división carlista destrozada, miserablemente comprometida en una posición con vistas á Francia....., para dar á cualquiera el marquesado de Peña Plata, (1) me sonáron á hueco las predicciones de ventura de los profetas de D. Cárlos, y las leyes de sucesión á la corona, lo mismo

---

(1) No lo digo en desdoro del intrépido general Blanco. Pero, los cinco batallones carlistas defensores de Peña Plata, que agotaron las municiones en su heróica resistencia, ¿podían hacer otra cosa que ceder aquella posición al enemigo?

nuestra nacional de Partida, como la Sálida de los franceses, y los informes y decisiones de las Córtes del Reino de 1789 y Cárlos IV, y de la Regencia de Sevilla, y de la de Cádiz, y la Pragmática sancion del 30, y el Decreto protesta del 32, y la Jura solemne de Isabel II, y su Renuncia en D. Alfonso, y la de D. Juan de Borbón en D. Carlos, me parecióron *letra que mata*, de la cual ha huido, por pecados de todo el mundo, el espíritu que vivifica.

¡Si se ha torcido el noble natural de D. Cárlos! ¡Vaya una pregunta!

De las del *Catecismo* se trata; de nuestra sumisión al Vicario

de Jesucristo, cabeza visible del soberano Rey de Reyes y poseedor de las llaves de aquellas eternas moradas, cuyas puertas abre la cruz mejor que las flores de lis de todos los Borbones juntos.

Griegos del bajo Imperio, que no acabamos de charlar mientras los bárbaros golpean con sus hachas las puertas de la ciudad; griegos del bajo Imperio, como decía el gran Aparisi y Guijarro, ¿hasta cuándo hablaremos de *torcidos* y de *derechos*? Y de nuestros deberes de cristianos, anteriores y superiores á los compromisos de partido, ¿no ha llegado la hora de hablar, aunque hayamos de retorcernos el corazón cuyos latidos, antes que

de D. Cárlos y su familia, son de Dios?

La misión histórica de los Borbones de la primera rama, en España, misión litigiosa y fallida, ¿puede oponerse á la del sucesor de Pedro como si la asistencia del Espíritu Santo se hubiese prometido á los descendientes varones de Hugo Capeto, y no á los sucesores legítimos del Santo Apóstol, primer Papa?

Y la trompa bélica de Loredan, ¿acaso nos trae los ecos de las palabras de concordia pronunciadas en el Vaticano, para que los católicos españoles, honestamente desentendidos de nuestras diferencias civiles, nos unamos en el Corazón de Jesús,

y no en el de las montañas del Norte, Aragón, Cataluña y Valencia, donde quepan aquellas gentes descristianizadas que después de cometer un asesinato con circunstancias agravantes (lo es el matar en duelo, según las leyes *penales* divinas), puedan mandar el ejército de salvación organizado por D. Carlos para raer de España el maldito liberalismo? ¿Ni qué adelantaremos, repito, con uno ú otro Rey de nuestra especial predilección, si continuásemos de espaldas á Dios?

. . . . .

Si quisiera yo escribir aquí de los carlistas lo que se me vie-



ne á la pluma, sería esto «*Mar sin orillas*» ¿Verdad, Sr. Don-Din.....?

Aguarden *los curiosos imper- tinentes* á una obra que pienso escribir, y por ganas que tengan de carlismo en su propia salsa, quedarán tan hartos como los carlistas de mí.

Por supuésto, que la tarea mia será ingrata. Eso de abrirse uno las venas para escribir con sangre suya contra tantos de sus hermanos, horroriza, mis queridos lectores, y solo de pensarlo, tiemblo.

No les temo á los enemigos de fuera, ni quien tal pensó, sino á los de dentro; á mi corazon, que chorrea sangre y desfallece.

¿Yo temer á otro que á mí?

No soy de la madera de los duelistas, ni me batiría por *nada*, ni nadie, aunque me llamasen *cobarde* todos los españoles desde Cádiz á Fuenterrabia.

¡Cobarde yo! Si me rio de los valientes de todo el mundo, incluso los famosos de Burgos, (ojo, Burgaleses; hablo de un sainete aplaudido) que desenvainan *la espada de honor*, sin música de Cereceda, pero con mucho de teatral y bufo, siempre, y de mentirijillas y como en el teatro, las más veces.

Por dar una satisfaccion ó no darla, que ni entiendo ya esa gerigonza de la cobardía enguantada, ¿sería cosa de morir ó

matar? De morirse..... de risa, no digo, ¡cuánta estupidez!

Quédese para los esclavos del mundo el encarnizado enemigo del alma que lleva tantas á los infiernos, condenadas por su *cobardía*, el acudir al *terreno de los caballeros* á cometer crímenes horribles glorificados por la civilización liberal.

¡Valor! ¡valor! ni el de la palabreja conocen los miserables que la profanan.

El valor (1) es una planta rara

---

(1) Ni entre los carlistas en armas era tan general como debía la noción cristiana del valor. ¡Cuántos oficiales y jefes que arrostraban la muerte, todos los días, al sacrosanto grito de «adelante, viva la Religión», exponíanse al fuego de las baterías enemigas por sentarse á una buena mesa ó dormir en mu-llida cama, y hasta por motivos menos honestos, verbigracia, el de divertirse á su gusto y al

muy aromática y medicinal, mucho más amenudo regada con lágrimas del corazón, que con sangre humana y que solo se dá en el camino de nuestro deber. En el *terreno de los caballeros*, no pueden crecer esas plantas

---

del demonio en poblaciones de algunos recursos á las cuales nadie llegaba sin recibir en el trayecto un diluvio de proyectiles del ejército liberal! Sin contar, claro está, con los innumerables carlistas que se batian bizarramente porque sí, nada más, y habían ido, por casualidad, al real de D. Carlos ni más ni menos que iba yo, alguna vez, cuando niño, á pasear al Campo del Moro de Madrid por capricho de quién me acompañaba los días de *salida* que disfrutábamos los internos del Colegio de Padres Escolápios de San Antonio Abad, sito en la calle de Hortaleza de la villa y Córte.

Ni rodada que viniese la cosa podia yo hablar más á punto que ahora, de los muchos *ojalateros* para los cuales era el campo carlista casi lo mismo que *el del moro*. Como que no recibían el bautismo... de sangre, mientras los otros se lo rompían que era un consuelo. (Consuelo de los ojalateros, se entiende).

porque las mataría la sangre culpable.

Meses atrás escandalizaron á los católicos españoles dos personajes del carlismo, duelistas, y se anunciaba un desafío entre un *barón*, muy conocido por sus aficiones al *sport*, y un marqués carlista, *indispuesto*... con algunas leyes divinas y humanas. Nadie tan cobarde como yo si al vituperar á los bravotes luz y espejo de caballeros á la moderna, que se abandonan á excesos de salvajismo así en la nación católica por excelencia, después de diez y nueve siglos de la venida del Hijo de Dios, no me confesára, públicamente, de haber intervenido, como tes-

tigo, en arreglos *caballerescos* de diferencias *personales*, y encomendado á dos amigos míos esa misión en una cuestión personal mía, parecida como un huevo á otro, á los lances de honor al uso entre gentes des-cristianizadas.

¿Relaciónase mi confesión con algún incidente desagradable ocurrido en las Bascongadas durante mi estancia, de hace algunos años, en el palacio de Lasao (Azpeitia), donde fué mi generoso huésped el ilustre barón de Sangarren?

Puede sér, aunque no lo recuerde ya el ex diputado á Córtes por Azpeitia, general carlista y barón, amén de marqués y no sé

qué más, á propósito de cuyo anunciado desafío con otro aristócrata de Madrid, hará cosa de dos ó tres meses, vuelvo los ojos, con turbación, á los días de mis desórdenes que milagrosamente no acabaron en el Hospital general de la villa y corte, después de pasear yo mis vicios por todos los *garitos* de nuestras primeras capitales y de algunas del extranjero, la celebérrima de Mónaco, inclusive.

Conque ya lo saben ustedes, no me bato así me abofeteen.

Y si algún *valenton* se atreve á ello, y Dios me tiene de su mano, y ata las mias, irá todo á pedir de boca. No le devolveré golpe por golpe, como los gua-

petones del mundo. Sin embargo, se han dado casos originales, y bofetadas increíbles: hay quién las ha devuelto... de *antemano*.

Espero las acometidas de todos, tan tranquilo como Castelar el Juicio de Dios, para el que viene preparándose con sosiego, según les dice á sus lectores en una obra de *visionario*, disparatada, puesta en solfa, recientemente, por un jesuita español, en su folleto *Genialidades*.

¿Qué dirían del mio, los admiradores del tribuno más elocuente de la democracia española, convertido por obra y gracia de desengaños y esperanzas, en apóstol del evolucionismo gubernamental, enemigo de las

barricadas que tantas veces anunciaron con destructoras bocas de fuego, la encarnación del verbo revolucionario en las entrañas de D. Emilio (esto del verbo revolucionario, el más *irregular* de todos, es una enormidad, pero mayores las ha dicho y escrito del Verbo Encarnado, el publicista español de que hablo), qué dirían de mí los innumerables cautivos de la fantasía del coloso de la elocuencia que baraja los mundos y las religiones, las Repúblicas y los Imperios, desentierra los huesos de todas las generaciones y los monumentos hundidos de todas las edades; aspira los perfumes de todas las floras y saborea todos

los frutos en que la sávia universal se manifiesta en todas las civilizaciones y latitudes, oye los himnos de las criaturas á su Criador y se baña en el infinito como los astros en el éter, si supieran que á D. Emilio Castelar con sus *nociones frescas* de historia, y su filosofía *recalentada*, y escribiendo por lo divino, en frase de Clarín, y arrodillado en la Italia paganizada, casi en éxtasis, junto á no sé qué sepultura de maravilloso cementerio, le tomé, cuando yo leía sus «Recuerdos de Italia», por un rruiseñor mal herido, medio destrozado, sobre una losa sepulcral y cantando sus amores muertos, entre aquellas tumbas de marmol?

¡Qué atrevimiento el mío; encararme con Castelar, el de las frases de oro! Todo sea por Dios, y perdónenmelo *El del Sinai*, rodeado de fuego, y *El del Gólgota*, bañado en sangre.

Por más de que las frases de D. Emilio, parecidas á estas, me gustan menos que algunas otras del gran orador.

Para substanciosas, aquellas dos de antes y después de tomar el chocolate de Matías López, como si dijéramos, hélas aquí: Antes: «vivan los derechos individuales, ilegislables é imprescriptibles.»—Después: Infantería Caballería, Artillería y Guardia civil.» ¡Bien por Castelar! Ya sabía él donde le apretaba el zapato.

Sin costumbres republicanas en España, y en medio de tres guerras civiles, el príncipe de los oradores modernos hízose dictador. Todo está en las costumbres, y el gritar una cosa ú otra no significa nada.

Miles y miles de católicos españoles, roncós de gritar tanto «¡viva la Religion!», conozco yo por esos mundos, que viven como liberales y se burlan, casi, de lo del Reinado social de Jesucristo.

Pero este punto de las costumbres merece capítulo aparte.

---



---

---

#### IV

Uno de los más elocuentes predicadores de Nuestra Señora de París—que durante quince ó dieciseis años de poder imperial en Francia pulverizó todas las negaciones y blasfemias del racionalismo contemporáneo, cuya *sirena* desapareció, pocos meses há, entre las neblinas de Londres después de abismar á muchos incautos en los mares de la incredulidad—aseguraba en una de sus inolvidables Conferencias sobre el progreso, que el hombre se forma á imágen de lo que ve y de lo que toca.

Dígame ahora, francamente,

si en este siglo de materialismo, en que nos trae tan desasosegados el estímulo de la carne, podemos los católicos, hoy en día, vivir para Dios, haciendo la vida de los liberales, en pueblos corrompidos por todas las degradaciones, abiertos á todo viento de doctrina y enamorados de la civilización liberal que desencadena los más groseros apetitos, y diviniza todos los impulsos de la bestia, y edifica los fundamentos del derecho público sobre montones de carne humana, *carne de cañon*, ulcerada, chorreando podre, como las fuentes de la vida sin Dios, en que beben sus instintos de fiera los caribes del Estado moderno.

En el médio social corrompido en que, por desgracia, vivimos, la mayoría de los católicos españoles, no es cosa fácil el sacrificio casi completo, de nuestra vida de relación tan diferente de la del verdadero cristiano que ha de sér un contínuo combate sobre la tierra.

La desvergüenza literaria de los escritores de baratillo, predilectos de las compañías de teatro que actúan en casi todos los de España, convertidos por obra y... *desgracia* de nuestro público depravado, y el mercantilismo literario de los fabricantes de chistes obscenos, en lugares de reunión indignos de buenos cristianos, ¿no nos lleva, todos

los días, á la complicidad con los liberales en esas abominaciones públicas en que desfilan en triunfo todas las desnudeces?

Horroriza nuestra conducta en este *negocio* de los teatros. ¡Los católicos jactanciosos y *casi* devotos, mano á mano con los liberales en estas orgias del mal gusto! ¡qué escándalo!

Cuando á la luz de las mil bugías de los teatros, considera uno atentamente la posición social y opiniones políticas y religiosas de los espectadores, entre los cuales no escasean los carlistas leales de real órden, avendados en poblaciones de alguna importancia, veteranos de la pasada guerra civil y apercebidos

para la próxima en que ponen sus esperanzas y las del catolicismo en España, dan ganas de llorar sobre la ceguedad incomprendible de los que *quieren* á Dios en las leyes y le rechazan de las costumbres. ¡Hipócritas!. Y luego culpan á las empresas.

Si se les cae la baba de gusto en las más escabrosas escenas con que los abastecedores de la sensualidad en el teatro, regalan, á diario, el estragado paladar del público, ¿qué ha de servirles un empresario sin conciencia?

*Carne cruda*, muy *cruda*, con mucha mostaza; *salsas verdes*, muy *verdes*, y vinos espumosos á pasto, escanciados por mujeres medio desnudas, en el *delirium*

*tremens* de una borrachera que ni la última de Diógenes en la novela Pequeñeces..... del insigne Padre Jesuita *Don Luis Coloma*, como dice un archisimpático librero, amigo mio, á cuya librería revisada por buenos amigos y clientes católicos hasta las cachas, han solido ir, de cuando en cuando, en busca de grabados y libros pornográficos, algunos mocetones como castillos, labradores de nuestra huerta, católicos á la manera de casi todos y carlistas á lo que creo, aunque Dios me libre de asegurarlo.

Pues *entre bobos anda el juego* para que se les vaya de la mano el *negocio* á los empresa-

rios de teatros. ¡No, que no!: mantecadas de Astorga, suavécitas como Pio Gullon, servirían á quien les pidiese *guindillas* de la tierra del Sr. Sagasta.

Los *monaguillos* de zarzuela no comen *suspiros de monja*.

Por otro lado, mis queridos lectores, para quién lo toma todo á juego, bien está el teatro por horas, y así Dios me salve, como á muchos católicos *aficionados*, les vendría de molde «La Baraja Francesa», durante la representación de la cual en una ciudad española, de cuyo nombre no me acuerdo, abandonaron sus localidades algunos *puntos*, menos *filipinos* que los otros de la partida, despidiéndose de

los *mirones*, con la frase sacramental de, «otro talla.»

¿No jugamos escandalosamente con los más preciados intereses del alma, como las creencias y los afectos y el honor mismo?

Juego por juego, no es el peor de los prohibidos, el escénico de nuestro teatro licencioso, y aunque lo fuese, ¿qué?

Si después del elocuentísimo sermón de cualquier orador sagrado de nota que pone como *chupa de dómine* á los católicos favorecedores de semejantes espectáculos, vamos á los teatros, como los rios á la mar, ¿predicaria yo tambien, para que todo el mundo se riera del pobre dia-

blo predicador? No está la Magdalena para tafetanes.

¿Mandamientos de la Ley de Dios á los católicos anfibios que oyen misa por la mañana y las irreverentes coplas del ciego de *Cádiz* por la noche y aplauden *La moza del cura* y *El Monaguillo* y otras obscenidades en que se atropellan todos los respetos divinos y humanos?

Echenles ustedes mandamientos, que, ¡ya ya!

Mientras no sea uno de prisión y estén á gusto en su localidad con los gemelos apuntados á las mal veladas estrellas errantes que iluminan el escenario con reflejos de todas las concupiscencias, allá se las haya el

P. Ripalda en las casas de los Jesuitas, que *para casa de los padres* (1) nadie mejor que la nodriza y el artillero en aquella escena de rechupete ó de *chupendi* en que uno se *mama* diez minutos de literatura despechugada que no hay más que pedir..., á no ser confesión; por supuesto.

Condición de los cuadros de género es el color local: por mucho *verde*, nunca mal año si se trata de los prados de la licencia y de los personajes y espectadores de ciertas obras.

¿Qué ha de hacer una juventud educada en el catolicismo liberal práctico, sino suspirar por la

---

(1) Así se titula una zarzuelita en un acto por todo extremo escandalosa.

libertad en sus distintas formas y manifestaciones y, sobre todo, en las buenas formas de nuestras actrices por horas? Y á los viejos *verdes*, madurados al sol de las libertades modernas, que abominan todo lo rancio, menos el vino, y así les importa nuestro teatro del siglo de oro, como á Necedal *El Rey que rabió*, y ensayan entre bastidores *El viejo y la niña* con una jovenzuela del *Coro de señoras*, ¿no ha de sonarles en el alma la nota de la pornografía flamenca, si la música más en boga en ese género..... de *contrabando*, les pone tan babosos á los viejecillos perseguidores de *Susanas* de telón adentro? Viva la libertad y arriba

faldas? ¿Qué sería del credo de la libertad sin la enseñanza libre? Una escandalosa supercheria.

Como los *credos* que rezarán, á boca llena, muchos católicos á médias, candorosamente creídos, acaso, de que la doctrina de Jesucristo autoriza la representación de *La Mascota*.

Porque los hay de todas edades y condiciones que ignoran lo que cree y enseña la Iglesia, y les entusiasman las jotas valencianas, aragonesas y nabarras y otros *pasos difíciles*, nacionales ó no, con vistas al interior de las bailarinas.

La cuestion está en barajarlo todo, como el baron de Sangarren los lemas del partido car-

lista.—La novena de San José, del Sr. Cuadrado, pongo por caso, y aquella «Baraja francesa», de no sé quién, que da tanto juego. Una con otra..... tablas.

De las del santo carpintero de Nazareth á las del teatro escandaloso no va más que una: la de salvación.....

Que la masonería triunfante se las há con un Arzobispo y le procesa: pues á llorar, de día, sobre aquel Príncipe de la Iglesia procesado en Paris, y de noche, si á mano viene, á otro *proceso*: al *del can-cán*. (1)

Viva la Pepa y ancha Castilla, dicen los católicos de prendería, que van desnudos de buenas

(1) Título de una zarzuelita *morrocotuda*.

obras, á recrearse con las del teatro libertino, como irían, medio desnudos, á cubrirse las carnes en un bazar de ropas hechas: todo es cosa de desnudeces.

Cuando el génio de la fealdad ahuyenta de los teatros al pudor, se necesita una prendería para los engendros de la musa de los escándalos que desdeña cínicamente todo ropaje de belleza.

¡Qué surtido de *americanas* cantables y bailables y hasta silbables en los teatruchos por horas!

*Americanas* anchas de mangas, para públicos de manga ancha, y por de contado *fuertecitas*, de abrigo; que mantengan la temperatura, cuando la cosa se

pone que arde, para librar de aires colados (léase patéos) á cualquier esperpento de nuestros poetas rastrosos, es decir, del *rastro* de la literatura.—Americanas de todos colores y sobre todo subditos; verdes á ser posible, del color de nuestra vergüenza que como era *verde*..... se la comió un burro.

Y ¡qué *chalecos* en los teatros y qué *cuadros* en los *chalecos*! Vease, sino, *El chaleco blanco*, de no recuerdo qué *maestros*, cortado á la última moda para cuerpos... que parecen sin alma.

Pero ¡qué digo de *chalecos*! Hasta calzoncillos paseados en triunfo por lavanderas á guisa de *pendón* de la sensualidad,

nos ofrece la musa de los lavaderos. ¡Cuánta ropa súa!.

El *intrínquilis* está, sin embargo, en bromear, aunque sea con las Escrituras.

Dígaseles á los católicos que se pirran por nuestro teatro asqueroso, aquello de Job: «haced un pacto con vuestros ojos», y, «ahí nos las den todas», responderán á una, riéndose del de la *teja* y de lo de tejas arriba y todo. Como que son católicos de teja vana.

¡Pacto con los ojos! ¿pues no han de hacerlo? Ya lo creo que sí; por lo de las *niñas*.....

«Alejaos de la mansion de los impíos, nada toquéis de lo que les pertenece» dice, si la memoria

no me engaña, el libro de los *Números*.

Para numeritos está el catolicismo de quita y pón, á no ser los de música, con pataditas de las tiples de café *cantante* que se salvan como los toreros de invierno, á fuerza de *piernas*.

Así las lucen tan á gusto de los católicos al menudeo que no perdonan un detalle de perspectiva, sobre todo el de los *escándalos de nieve*, como llamó, en una ocasión, un fraile celeberrimo, á los dos vasos del amor con que la mujer sacrifica en los altares de la maternidad.

¿Se ha perdido acaso la fe— me preguntarán algunos, ahora— para que falte yo á la caridad

con esa juventud católica de nuestros teatros inmundos en que tiene lucida representación el carlismo leal de real orden? (1)

---

(1) A propósito de mis invectivas contra los católicos concurrentes á nuestro teatro licencioso necesito, en conciencia, dar una explicación á mis lectores.

Ni el mismísimo P. Caffaro que, según escribió, muchos años hace, un periódico de París, en cierta famosa polémica con una Revista francesa, «con la mejor buena fé del mundo llamaba las gentes al teatro y quería que *Boursault* y *Moliere* hicieran su negocio con la autoridad de los Santos Padres, de los Doctores y de los Concilios,» hubiese abogado por el teatro clásico francés con tanto entusiasmo como yo por el *corrompido* de la decadencia de España en el que masones y masonizantes hacen ludibrio de la Religión, en las tablas, para solaz y esparcimiento de los católicos españoles enamorados de la pornografía flamenca.

Pero desde ahora renuncio generosamente á la mano de D.<sup>a</sup> Leonor, y digo, *generosamente*, porque no me cuesta ni un céntimo el teatro, en Tortosa, y aunque siquiera frecuentándolo no sería yo tan *pagano* como los otros. Y cuidado si á *ese precio*

Se abonarian, siempre, más de cuatro  
De los que hoy abominan el teatro.

¡Cáscaras, con la caridad y cómo la entienden ciertas gentes! Al enemigo por donde vino, y á los católicos españoles enemistados con la buena doctrina, por sus pecadillos de escándalo.

No se habrá perdido la fe, pero las obras de nuestro teatro libertino ¡viven los cielos! no las alimentan. De otras vive mejor la primera de las virtudes teológicas.

Los actos de *D.<sup>a</sup> Juanita*, por ejemplo, no son actos de fe, ni la gracia de nuestras actrices es la gracia santificante, ni los buenos tipos de las mujeres de teatro tienen que ver con los Me-siánicos.

De otro modo vivían en los

tiempos de la Inquisición, aquellos españoles netos, enemigos de peligrosas novedades, que buscando ante todo el reino de Dios, engarzaron tantos en la corona de Castilla.

¡Qué brillo el de la España de aquellos días!

Derramémos una lágrima

A la memoria de aquél

Que fué nuestro *brillo*, y luego,

Nos irémos á comer;

dirán acaso los católicos españoles de hoy parodiando á uno de nuestros poetas.

Nuestra *debilidad constitucional* está pidiendo, á gritos, *carne*. Comamos y bebamos, porque mañana morirémos.....

De las conferencias de San

Vicente de Paul á las de Angel Muro, no hay más que un paso, para ciertos católicos españoles por todo extremo dignos de aquella «Isla de los Cocineros» de la cual, una escritora célebre contemporánea nuestra y francesa, nos cuenta cosas que abrían el apetito al más desganado.

De seguro que la reina Marmita de la «Isla de los Cocineros», cuyo gobierno inteligente se basaba en el arte de la cocina, no tuvo *pasteleros* más *pintiparados*, que suelen sérlo, á mi entender, los católicos españoles devotos..... de las conferencias culinarias de Muro.

Del amor á la buena mesa, de los cristianos á carta cabal, como

el ilustre autor de «Un drama nuevo» que, según Isidoro Fernandez Florez, tiene sus aficiones al confortante, no hay para qué decir una palabra en éste trabajo mio.

Que se coma bien, aunque traducido el *menudo*, pase. Pero los católicos españoles, que al acordarse de Carlos V, pensarían poco, si acaso, en las guerras del Emperador contra los enemigos de la Iglesia y un tantico más en el buey entero, asado en la plaza y relleno de aves que le sirviéron en Aquisgran el día de su coronacion, esos no son Tamayo ni buscan sus inspiraciones en el ideal de la hermosura incólume, sino en el vientre.

¡Nuestras guerras de Religión! Harto sin cuidado les tienen: la substancia de las historias la saborean en otra parte.

Si les habláseis, verbigracia, de la decadencia de Tebas y de los beocios y Epaminondas, harían memoria de las asociaciones para comer, tan en boga entre los tebanos degenerados.

Preguntadles por el ajuar de las esposas atenienses y ocurriráseles lo de la sartén, que debían llevar al matrimonio, como símbolo de los cuidados domésticos confiados á la madre de familia. Todo se reduce á tener *la sartén* por el mango.

¿No leemos en Herodoto, que

los Persas, en sus banquetes, trataban asuntos importantes?

Pues los católicos españoles gastrónomos, enamorados de los primores de Angel Muro, se cuidarán del alma, en la mesa. Para quien bebe su condenación, á traguitos, debe de sér cuestión de botellas eso del *espíritu*.....

Al Crisóstomo, le humillaba la necesidad absoluta de alimentarse y á *recetar sangrías de pico* (así llaman en mi país á lo de ponerle á uno á dieta) no le ganaría ninguno al *Pico de oro* de la Iglesia Oriental. ¡Cuántos católicos le llevarian á la *picota*.....!

«Será grande delante del Señor y no beberá vino ni licor

que embriague», díjole á Zacarías, al anunciarle la misión del Bautista, el Angel de Dios. Mediten esto los católicos españoles, faranduleros y juerguistas, capaces de apostárselas á beber, con los rusos cismáticos de que habla Tolstoy en su novela «*Los Cosacos*».

Porque, cuidado si hay bebedores entre los católicos españoles, que, se rien de San Agustín y de aquello de «la lujuria después del vino», y de Daniel y sus compañeros que vivían de legumbres y agua, y alcanzaron, en recompensa, la inteligencia de todos los libros y el dón de la sabiduría.

Buenos tiempos los del *tran-*

*cazo* y los del *cólera*, para vernirnos con leguminosas y agua clara, dirán las cuatro quintas partes de los católicos que me lean, si por acaso hay una *quinta* de soldados de Dios, que prefiera el rancho de la sobriedad á los banquetes de Angel Muro.

No se me tome aquí por un retoño de los doctores de la Ley, que fijaban entre los judíos el número de purificaciones y los diezmos y los preceptos concernientes á los ayunos y al dia del sábado, mientras decaía la vida *interior* en Jerusalem y por la corteza de las fórmulas dábase al diablo lo principal.

Perdónemelo el rabino Hillel que vivió poco antes de la venida

del Señor á quien le contraponen algunos escritores judios y que me parece tan pequeño como grande á sus encomiadores.

Y ¿cómo nó?—que diría, con languidez, cualquier *pelotari argentino*—si el precepto de no preparar manjares en sábado, lo extendía el famoso doctor de la Ley á las gallinas que pusiesen huevos en dicho día, ¡*Risum teneatis!*

Vaya, vaya, con el rabino que disputaba sobre si en un día de fiesta se podía llevar á una paloma de un palomar á otro, ó si solamente era lícito desde uno á otro nido: es preciso haberse *caído* de uno para tomar en sério estas cosas.

*Separados* hemos de sér y no *fariseos*, en éste *mare mágnum* de la vida moderna, inficionada de liberalismo, crúcese cualquier interés y caiga quien caiga y aunque se rían de nosotros los mesticillos y los carlistas presupestívoros, que se me antojan *Saduceos*, y por más de que se nos cierren todas las puertas. (1)

---

(1) Las del cielo quisiera yo que se me abrieran y me darian poco cuidado las demás, *La sublime Puerta* inclusive—con perdon sea dicho del Gran Sultan.—

De las puertas del cielo hay que asegurarse, y á Dios gracias, y por su infinita misericordia, se nos abrirán en cuanto llamemos con *fe* si aguardamos con *esperanza* de que se nos abran por *caridad*.

Lo del matador de D. Luis Megía y el Comendador cuando dice con los ojos en las *bambalinas*,

«Llamé al cielo y no me oyó  
Y pues sus *puertas* me cierra,  
De mis pasos en la tierra  
Responda el cielo, no yo.»

He leído más de una vez en un sermón del rey de los predicadores y predicador de los reyes, como llaman al Jesuita

es tan fantástico como todo lo demás del drama y esas *puertas* á que llama Tenorio no me parecen de *palo santo* ni huelen..... á catolicismo á no sér al de la... *Otomana*.

Sin perjuicio de que «D. Juan Tenorio» sea carácter tan teatral, etc., etc., etc., como aseguran los mejores críticos, todo lo cual vendría bien aquí, á la *vuelta*, si continuase yo hablando de «D. Juan». Pero me basta con *las puertas*, y *las vueltas* para quien las quiera en este juego de los caracteres teatrales que no es mi juego favorito. ¡Cuánto les gustará lo de *las puertas* y *las vueltas* á mis queridísimos paisanos leales al Sr. Duque de Madrid tan aficionados á *tirar de la oreja á Jorge!*

Mientras no nos riamos de todas las puertas del mundo con que puedan darnos en las narices los esclavos de Satanás escandalizados de nuestra *conversion*, lo de menos es tener ó no á D. Carlos á las puertas de la villa y corte. ¿Cómo no lo entienden así mis queridos compañeros antiguos los carlistas á todo trance, que se harán cruces de lo que digo en este folleto y hasta me harán á mí la cruz, aunque no todos ellos con agua bendita por no tenerla muy á mano, como no la tienen los protestantes que la llaman *agua de idolatría?*

Bourdaloue, que se vayamos con piés de plomo al escudriñar conciencias ajenas.

Pero són tantos y tan graves los escándalos de la hipocresía, que, aun incurriendo en pecado de temeridad á los ojos de muchos católicos, entraría yo, á veces desplegadas, en los mares de iniquidad en que los hipócritas izan la bandera de Cristo á cuya sombra piratea la falsa devoción.

¡Cuánto navío de tres puentes apresaría! ¡Cuántas tripulaciones cuyo patrón fuese patrono de sociedades más ó menos benéficas ó Hermano mayor de una cofradía de santos ó porta-estandarte y organizador de nuestras procesiones. Diríase que la hi-

hipocresía quiere sostener el santuario sobre montones de lujuria, de vanidad y de codicia. Si la Iglesia no fuera indestructible, los hipócritas la destruirían.

¿Dónde sino en el campo de la hipocresía, brotan y crecen plantas de maldición que parecen árboles fecundos y se alimentan de las lágrimas que profanan?

A cada paso nos tropezamos con explotadores de blancos, traficantes en carne humana, mucho más criminales que los negreros y con un corazón de hiena defendido por una coraza de medallas y escapularios.

¿Y no hay á docenas hombres piadosos que conservan entre las hojas de un ejemplar del Kem-

pis ú otro libro de devoción, recibitos de préstamos al cincuenta por ciento? ¡Y como rezan esos desalmados á quienes cada cuenta de su rosario puede hacerles memoria de un doblon debido á la usura cuando no de una honra ultrajada!

Ni aquél ensalmador D. Cosme de «El Gran Tacaño», de Quedo, les echa la pata, como si dijéramos, á los hipócritas de nuestros tiempos, que hacen «logro de los ayunos y del oír misa» ni más ni menos que los mohatrereros de las virtudes de que nos habla en su «Visita de los chistes», el Príncipe de nuestros ingenios maleantes.

— Hemos de dar á Dios la cara,

sin fingimientos, y poner término al *carnaval* en que vivimos con una careta de hipocresía.

Tánto da sér de Apolo como de Pedro, en no siendo de Jesucristo. ¿Qué se me importa de la librea bordada de flores de lis y de boinas, ó de gorros frigios con escarapela, si doy las espaldas á Dios?

Mesticillos enamorados de la *hipótesis* canovista que ha traducido en leyes odiosas las libertades de la revolución contra la Iglesia, proclamando una tolerancia de cultos denigrante para la conciencia nacional indignada de los atrevimientos de la masonería en España; carlistas aferrados á la esperanza de una

nueva guerra civil, asoladora, y acaso infructuosa para vosotros, que vivís como liberales, entre los escándalos del siglo, aguardando la hora suprema de las grandes reivindicaciones *dinásticas*, volvéos hácia el Vaticano si anhelaís, como yo, la union de los católicos españoles, porque la suerte del catolicismo entre nosotros, no depende, ni quién tal pensó, de Rey ni Roque, sino de nuestra conversión á Dios cuyo Reino es lo principal, y lo demás darásenos por añadidura.

---

---

---

V

Maliciosos habrá, de fijo, que leyendo con prevención estos desaliñados renglones míos, escritos al correr de la pluma, para enseñanza de los católicos españoles, á quienes disparo las verdades á quema ropa con la mejor intención del mundo, andarán á caza de claves, como si se tratara, *mutatis mutandis*, de la novela del P. Coloma cuyo título se parece tanto al de mi folleto, y que atúfese ó no Currita Albornoz, vaya si dió en el clavo.

Por los de Cristo, aquí no hay clave: milagro sería que los vi-

drios rotos no los pagase ahora  
también el integrismo. Confieso  
paladinamente que se me van  
los ojos tras el programa de No-  
cedal y formaría de buen grado  
en las filas de los católicos á  
macha martillo, partidarios de  
la política cristiana mantenida  
con entereza por los periódicos  
*nocedalinos*; (1) pero no soy dig-  
no de hombrearme con el último  
de los integristas paisanos míos

---

(1) «Sin que por eso intente yo (esto lo copio de Sardá y Salvany) la más leve censura contra los periódicos sanos que defendiendo la misma sagrada causa que nosotros aspiran á la realizacion de un ideal político tal vez más favorable á la suerte del atribulado catolicismo en nuestra patria y en Europa».

Ni mucho menos considere impecables á los periodistas *nocedalinos* que son hombres como los demás y pueden merecer las amonestaciones y hasta las censuras de la Iglesia, madre cariñosa de todos y Maestra infalible de la verdad.

medio escondidos entre seculares encinas de las montañas de Nabarra, como palomas que huyen del gavilan.

En estos maldecidos tiempos, en que nos trae tan desasosegados el estímulo de la carne—como he dicho ya en otro pasaje de mi obrita valiéndome de cierta frase del estático y sublime doctor místico San Juan de la Cruz—se predica mucho, de *boquilla*, y..... á la vuelta..... lo venden tinto.

Cualquier diablillo tentador, nos pone fuera de la ley, (1) es

---

(1) «Si al empuje de una ligera mirada, dice San Agustin, caen los empinados cedros del Libano de quienes no se temia más que de los Ambrosios y Jerónimos,» ¿qué será de los arbolillos endebles azotados por el huracan?

decir, de la ley divina; porque á sus espaldas están las leyes de la estática liberal, con sus equilibrios *perse* y *per accidens* y sus dos velitas á San Miguel y al diablo que ni encargadas para una escena de *El hombre es débil* con ó sin música de Barbieri.

¡Cuánto me abrumaría la pesada carga del integrismo! Casi tanto como á D. Práxedes Mateo Sagasta los imprescriptibles é inalienables derechos individuales, tan enaltecidos por él en aquellos tiempos de progresismo inocentón y populachero, en que todo buen ciudadano se consagraba solemnemente á los dioses mayores de la libertad, tiempos en los cuales el jóven ingeniero

recién salido de la escuela, hubiese abierto dos ó tres minas (ahora sí que las explota riquísimas) en la plaza de Oriente de Madrid, para volar algún *histórico* edificio, poco acomodado á los cánones de cierto estilo de arquitectura enemigo de los blasones en la ornamentación de las fachadas.

En esto de los apellidos, como en los títulos y los mote, ¡hay algunos tan abrumadores!...

Cómo se las habría, de aquí á cien años, para llevar holgadamente sus apellidos un general Martinez Campos descendiente directo del restaurador de nuestra monarquía borbónica, si los algarrobos de Sagunto y los ba-

luartes de la Seo de Urgel y las montañas del Baztan oscurecerían todos los propios merecimientos del tataranieta del pacificador de ambos mundos?

— Pero, no vayamos al siglo que viene por no tropezar con algún vizcondé de Campo Grande contemporáneo de futuros conquistadores de Constantinopla, que hicieran imposible un estudio político-social titulado: «Lenta, pero continua desaparición de la Média Luna de la culta Europa. ¡Pobre vizconde aquél! Puede que no fuese académico de ninguna de las academias del porvenir, ni senador bajo la presidencia de un Martinez Campos de la clase de generales subleva-

dos frente al enemigo, dado el caso, poco probable, de que á los españoles del último tércio del siglo XX les estorbase todavía tanta inútil corporación de viejecillos acartonados, que maldito para lo que sirven.

Si el Sr. Duque de Veragua fuese á la Exposicion Universal de Chicago, como descendiente del gran marino genovés, que ganó más almas para Dios y más regiones para los monarcas de Castilla, que cuernos hánse visto en España desde el Cid hasta el *Espartero*, ¿no le abrumarían sus títulos y sus apellidos al ex-Ministro de la Restauración, sagastino con ribetes de progresista y acreditado ganadero, co-

*gido* entre su relativa pequeñez y la grandeza del Descubridor, sin que le valiesen de nada todos los capotes famosos en los anales del toreo? ¿Cómo se las arreglaría el pobre Duque?

Pues al igual, poco más o menos, que nuestro ministro de Estado con las kábilas de Marruecos. Con un *aguero Pantorrilles* en Castellón, me atrevía yo á ser allí tan O'Donnell como el primero, pero en Africa... la cosa varía.

¿De qué le aprovechan al Duque de Tetuán sus archiasombrosos triunfos diplomáticos, *fin de siglo*, sobre *Kandor* y demás morazos *candorosos* que comparten con el Sultán la desgracia

de tener enfrente al heredero de las glorias de D. Leopoldo? Todo el mundo se acuerda del *tio.....* y santas pascuas.

Después de las hazañas del general en jefe de nuestras tropas en Marruecos, no hay allí un O'Donnell posible, mientras queden de las Chafarinas á Tánger cuatro babuchas en buen uso, y el giboso camello de aquel Imperio pueda oír el *suspiro del moro*.

Cuando al antecesor de Bosch y Fustegueras en la presidencia del Municipio madrileño, le daban mas quehacer las *puertas* de la villa y córte que al apóstol San Pedro las de la Córte Celestial, compadecía yo á Rodriguez

San Pedro, ese Santo de la conservaduría liberal, *pescador* como el otro, aunque no de hombres, sino de *gangas*.

Hay apellidos que le ponen á uno en berlina, y es morrocotudo suceder á un *Santo* en un cargo de compromiso.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

La dimision, á regaña dientes, del inmediato *sucesor* de San Pedro en el Ayuntamiento madrileño, me ha movido á suprimir aquí una filípica de padre y señor mio, contra el Sr. Bosch, «*El niño de la bola*» del conjun-

cionismo, como le llamaba yo meses atrás cuando pescó, *á rio revuelto*, una senaduría vitalicia con luces á tres ministerios, en cuyo camino le detendrán, quizás, ahora, ciertos *datos* más ó menos desfavorables para el segundo jefe del reformismo, en este período de saneamiento del Municipio de Madrid.

Si el hacer profesión pública de integrismo, no le obligase á uno á nada, santo y bueno; pero, ¡somos tan frágiles!

Con la gracia de Dios y mi poquito de buena voluntad, puede que de la noche á la mañana me sienta yo tan integrista como Necedal.

Discípulo de los Jesuitas du-

rante seis años, los mejores de toda mi vida, si después he perdido muchos en la disipación y el desenfreno, todavía, por la misericordia de Dios, puedo salvarme, dando las espaldas al mundo á imitación de casi todos los *integristas* y de muchos de los partidarios del Sr. Duque de Madrid cuidadosamente apartados de las tentaciones de la vida moderna.

El *integrismo* (1) es cosa buena, pero yo no soy bueno aun, ó por lo menos todo lo bueno que

---

(1) Entiendo yo por *integrismo* la sumisión incondicional y sin reparos de ningún género, á las enseñanzas de la Iglesia, en todos los órdenes de la vida pública y privada, sean cualesquiera las complicaciones y dificultades y crisis político-sociales de los Estados y la Constitución de los poderes públicos.

debiera, y el mote de *integrista* me agobiaria demasiado.

«Declararse católico ó declararse materialista es más fácil que sér católico en realidad todas las horas de la vida ó materialista sin dejar de serlo un momento», dice *Clarín*, que, aunque padre de algunos hijos, no me parece Santo Padre, ni va para santo, ni se lo llamaría nadie, por ahora, y eso que una celebridad universal, el autor de la novela histórica escrita en francés, con el título de «Vie de Jesus», atrevióse á llamar á Espinosa, «el santo de Amsterdam». (1)

---

(1) No trato, aquí, de molestar al insigne crítico de cuyas *merengadas* no me rio como

Todo el *busilis* está en vivir como Dios manda.

Lo de sér ó no sér carlista, cuando cabe serlo, viviendo como liberal, es una tontuna.

Con el baño de catolicismo á

---

«*la maga de nuestra novela.*» Tal respeto le tengo á *Clarín*, que por el acento que le han suprimido los cajistas al componer la nota de mis advertencias, daría yo una dobla de á cuatro, así tuviese que buscarla con un *candil*, y se tiráran de los pelos el agresivo autor de «*Triquitraques*» tan enemistado con Leopoldo Alas, y el batallador *Fray Mortero*, que con un libro suyo de *crítica* de algunos trabajos literarios de *Clarín* y *Valbuena* digno de cualquier *Terradillos* mestizo, sin un escrúpulo de gracia, pero con muchos gramaticales, me ha dado una jaqueca del diablo, quien por lo visto hace de las suyas, de cuándo en cuándo, en la redacción de «*La Unión Católica*».

—¡Qué descortès conmigo! dirá de mí la ilustre autora de *La revolución y la novela en Rusia*.—Tantos apuros por un acento y á mí que me lo cue!ga ó no, á capricho, sobre mi apellido no me dice ni *jota*, sin embargo de prodigarlas tan á destiempo en otros pasajes de su obrilla más detestables

la moda, verdadero baño de *placer*, tan del gusto de la mayoría de mis queridos compañeros antiguos los partidarios del señor Duque de Madrid, el diablo se *baña* en agua de rosas. Eso de

---

que los de tercera en algunos grandes vapores cuya profundísima bodega diríase que se convierte, durante toda la travesía de un mundo á otro, en escenario donde invariablemente se representa un drama de capa y espada, digo, de cepo y látigo, titulado «La trata de blancos». —

Perdónemelo doña Emilia y ojalá Dios pudiera yo salir del paso con una quintilla ripiosa, como de otros aun más difíciles han salido algunos poetas *ateneistas* declarados génius antes de llegar á la pubertad.

Tener yo con tanto afán  
Siempre puesto el pensamiento  
En la Pardo de Bazán,  
Y escribir como un patán  
Pardo Bazan ¡sin acento!

Y ahora declaro lisa y llanamente que, mis calurosos elógios de D.<sup>a</sup> Emilia van con el más lujoso de nuestros prosistas contemporáneos; pero ni por pienso con la capitana de las mermadas y enardecidas huestes naturalistas de por acá, tan dejada de la mano de

nadar y guardar la ropa..... tiene muchos inconvenientes.

Desengañense los carlistas; de nuestra *línea* de conducta depende— humanamente hablando — la suerte del catolicismo en Es—

---

Dios, que de seguro nola diría León XIII, refiriéndose á las historias amorosas y otros excesos pasionales de la cómitre de Marineda, lo que algunos años atrás dijo, en el Vaticano, á quien escribió «San Francisco de Asis»:—sigue escribiendo, escribe siempre, hija querida. Valor, valor....—

Para mí quisiera yo ahora el que necesita D.<sup>a</sup> Emilia cuando se descalza *el oloroso guante de ocho botones*, y aparece *la mano sucia de la literatura* que diría el inolvidable D. Pedro Antonio de Alarcon.

De mis entusiasmos por Clarín, holgarían las explicaciones que pudiese yo dar aquí. Ni el *oportunismo* literario del Sr. Alas, ni mucho menos la heterodóxia del pensador, entran por nada en mis ponderaciones del ingenio asturiano, que *despues de todo*, como suelen decir escritores más chancletas que yo, no es un *baratero literario*, y... *hay bastante oro en el muladar de la escuela*, salvo la opinion de los Agustinos del Escorial.

pañá; no de las *líneas* de combate del carlismo en armas.

Como no dependió del establecimiento de *líneas*, la pérdida de la última guerra carlista, diga lo que quiera un famoso Manual recientemente publicado por mi amigo Reynaldo Brea, competentísimo en los asuntos militares.

A pesar de las *líneas*—fatales para los carlistas, consideradas desde muchos puntos de vista, que no solo del militar—«el tercer Pretendiente tuvo mil veces cogida por sus alas de oro á la victoria y la ágil dea se le fué de entre las manos cuando más próximo estaba á dejarla cautiva», como escribió al final de uno de sus encantadores libros de via-

jes, D.<sup>a</sup> Emilia Pardo de Bazán, testigo poco sospechoso de parcialidad, sobre todo, después de sus declaraciones políticas, publicadas en recientísimo libro suyo titulado «Polémicas y estudios literarios.»

Todavía más, mucho más. Prescindiendo de lo que asegura ingénuamente al hablar de la última guerra carlista D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán, voto de calidad, como ninguno, en cosas de guerra, desde que ganó, de un revés, en la capital de la República vecina la famosa batalla de Lepanto, según refiere, con donosura, en una de sus crónicas de la Exposición de Paris la egrégia escritora coruñesa que por aque-

llo del *garbanzo negro* mal ganado tiene tan pocas simpatías en el ejército español, «D. Cárlos y sus consejeros han tenido más, mucho más de lo que podían necesitar para obtener el triunfo de las ideas, para salvar la sociedad sin sumir á España en los horrores de una guerra civil». Así lo dice Julio Nombela en un curioso libro suyo y he de probarlo yo, Dios mediante, dentro de poco, después de *echarme á estudiar gramática* para no escribir tan mal como ahora ni con los galicismos y el desaliño que suele hacerlo alguna vez el simpático escritor citado, antiguo compañero mio de emigración en San Juan de Luz y director

que fué, hace veinte años, del periódico titulado «La Margarita», y no de *Loeches*. (1)

---

(1) A la fuerza ahorcan. Los barbarismos y solecismos, idiotismos y galicismos que Dios confunda y han embrollado esta *quiscosa* *mia original* como el de Panamá la situación de la República francesa, me inutilizan hasta para dar á la luz aleluyas, por lo menos en nueve meses bien contados desde la *concepción* de mi folleto, según diría cualquier comadrón literario de los que ayudan á salir del paso á los autores *primerizos*.

Me sucede con la gramática castellana lo que á muchos católicos españoles con el Catecismo. En sabiendo cuántos Dioses hay, aunque no hagan del verdadero mucho más caso que hago yo de la *Sintáxis regular*, han agotado ya, de un sorbo, la teología racional y la positiva y la revelada, y por si Política y Religion, en su sentido más elevado son ideas distintas y separadas, y *Fulanico* dijo y escribió tales ó cuales cosas, y unas hemos de dárselas á Dios y otras al César, y por si basta ó no solo Aquél, y la *verdadera tia Javiera* del tradicionalismo español está en la calle de San *Cárlos*, frente por frente de la de San *Ramon* y detrás de la de San *Alfonso*, se arma cada marimorena con textos de la Santa Biblia, y sentencias de los Santos Padres, y decretos de los Concilios, y comentarios de

«Mirad, Señor, mucho por vos para que guerra tan justa no la perdais por alguna culpa secreta, porque los desastres y desgracias que suelen acontecer en semejantes empresas no vienen por

---

los *Doctores*, que la voz de la Iglesia no se oye, cada día son más rabiosas nuestras diferencias, y la *sintáxis regular*, es decir, la capa, no parece por ningún lado,

Ni tener la pluma en la mano sé todavía y eso que paso de los treinta y cinco y *es viejo Pedro para cabrero*, y allá van pullas á Balaguer y á su compañero de academias Fabié, como pudieran ir á *Catalina* el académico de la Española sin música de Gaztambide ni letra de nadie, porque *apenas* las tiene suyas y alguno diría que *á duras penas*.

Ni el impenitente revolucionario de París cambia de sistema, ni he sabido yo remudar vocablos en esta tentativa mía, casi *criminal*, en que no salgo de los usuales y corrientes, como Cánovas del Castillo cuando confecciona emplastos de *ranas* para crisis ministeriales, no sale nunca de Cos-Gayones y *Tejadas* de Valdosera que suelen parecerme siempre remiendos en *tejado* de vidrio.

Para tejados así, el mio, *no embargante* lo cual, que diría el sobrino del *Solitario*, tiro

no ser la guerra justa, sino por ser los ministros della injustos», escribíale Antonio de Guevara, en una de sus epístolas familiares, al condestable D. Iñigo de Velasco, encargado por el Em-

---

piedras á todos los tejados de la vecindad, aunque ninguno menos que yo tiene derecho á tirar la primera. Pobres gobernadores de provincia si no hicieran de su poder en vísperas de las elecciones mejor uso que yo de alguna que otra preposición de las empleadas por mí en este librito estafalario, en el cual me revelo como *trágico* de primer orden amén de có....mico y.... de *danzante* y escribo cada tragi-comedia que ni las de *Shakspeare*. Como que las escribo con los piés, digo, con *jota*, para que haya un bailable más en este *pot-pourri* en que bailan de coronilla nuestros más conspicuos danzarinnes. (Véase la línea décima tercera de la página 62).

¿Y la *jota* de Alfonso XII, que no es un número de música de ninguna zarzuela por el estilo de «El Rey que rabió», ni siquiera un número romano, como debia, sino una letra—falsificada, la undécima de nuestro alfabeto, que los cajistas me han endosado.... en la segunda línea de la nota correspondiente

perador de sitiarse á Fuenterrabía, defendida por los franceses.

Cien millones de veces más que de las *líneas*, héme acordado, á propósito de las empresas del carlismo, de la sensatez del

---

á la página 93? ¡Vaya una página famosa! De mi folletuco cabe decir que tiene su *noventa y tres*, en que no se salva ni el Rey, ni más ni menos que la Revolución francesa. ¡Alfonso XII! ¡Qué barbaridad!

Lo de las *jotas* de mi folleto es una *jerigonza*, con j, no con g como escribí el dichoso vocablo al final de la página 137. Pero con tanto *jericonzar* voy *jeringando* á mis lectores y basta de *jotas* que ya estoy de ellas como los franceses que no las pueden resistir, sobre todo la aragonesa, bien cantada, con aquella letra de:

La Virgen del Pilar dice  
Que no quiere ser francesa;  
Que quiere ser capitana  
De la tropa aragonesa.

Pongan en claro «El Siglo Futuro» y «El Imparcial» si para escribir hoy en día se necesita más la Gramática ó el ingenio. Valientes *pequeñeces* esas para que desistiera yo de publicar este folleto sobre algunas de los católi-

escritor insigne cuyas palabras al Capitan de Cárlos V, son un tratado de filosofía de la guerra.

«Las exageraciones frenéticas á. que conduce siempre la guerra civil» (palabras del P. Francisco

---

cos españoles. A *falta* de Gramática castellana me las arreglo con la parda, como el señor D. Práxedes Mateo Sagasta, que sin saber de la castellana, más que yo, escribe á la chita callando, según he oido decir á monárquicos recelosos, una obra histórica de gran empeño titulada «El último dia de una Regencia».

Por lo que se refiere al ingenio, no estoy tan mal. Fuera de algunos académicos muy *conocidos*, todo el mundo tiene ingenio en España y los españoles de *suerte* que van empleados á Cuba llegan á tenerlos, á pares, en la perla de las Antillas.

Qué arrepentido estoy de no haber aceptado la colaboracion de un dibujante de *primera* que se me brindó generoso á llenar de *monos* este folletuco de ciento en carga. *Proveamos* por provea... *monos* me han hecho decir los cajistas y mis descuidos, en la penúltima palabra de la página 105, y así resulta que ni los *monos* de reglamento han salido en este folleto con que yo *me quedo hecho un mico*.

No se lo voy á dar, que digamos, á mis acree-

de Paula Garzon, S. J., en la página 223 de su áureo libro titulado «El Padre Juan de Mariana y las escuelas liberales»), tuvieron más que ver con los desastres del carlismo en armas, que el

---

dores. ¿Cómo se ha de vender un folleto que además de tan mal escrito ni siquiera está corregido convenientemente?

En la página 106 y á la mitad, poco más ó menos, hay una sinfonia sobre motivos de la excelsitud augusta del arte, que no me *suenan*, gracias á Dios, en las profundidades del alma. ¡Una sinfonia que no me *suenan*! ¡Pues no tiene pocos bemoles... ¡No me *suenan*!—A la escuela con el mocoso, dirán ustedes con razon.—¡Y quien es capaz do confundir *dativos* con *acusativos* y quedarse tan fresco, *acusar* aquí á todo el mundo!—Ni aquel *acusador* privado que dirigiéndose al tribunal en una causa contra unos gitanos, por la venta de dos mulas robadas, comparó no sé qué documento extendido por un albeitar, con la cédula *personal* de la caballería, tenia más tupe que yo.

De verbos reflexivos, irreflexivamente usados, *puede* que haya ejemplos en este folletuco lleno de *reflexiones*, porque no es lo mismo predicar que dar trigo. Ya lo creo que no. Si